

DE LA DERECHA A LA IZQUIERDA. EXPERIENCIA DE UNA NIÑA DE GUERRA

Natacha Seseña

Pese a ser historiadora del Arte, en esta comunicación, todo lo relacionado con el arte quedará soslayado, porque no trataré de destrozos habidos en iglesias y conventos, que han sido suficientemente estudiados.

Lo único que deseo es incrustar mis vivencias de niña en la historia terrible de aquella maldita guerra. “Una guerra civil no es una guerra sino una enfermedad. El enemigo es interior. Lucha contra sí mismo.” como dijo Antoine Saint-Exupery. Fue un ciclo de odio y recelo mutuos. Fue un proceso genocida organizado que como dice Julián Casanova, hay que equilibrar porque la desmemoria, el tiempo, y el ritmo de la posguerra y transición, ocultaron la historiografía de esos años.

Advierto que son recuerdos personales que espero sirvan para contribuir a la recuperación de la memoria histórica. Asimismo explicaré cómo mi ideología de niña y joven de familia de derechas cambió para siempre a partir de mi entrada en la Universidad en 1949, y al hilo de la explicación se verá cómo fue incrementándose cada vez más sin tumbos a la derecha como ha pasado a algunos de mis contemporáneos.

Fue un compañero de la facultad, que conocí en el Ateneo, quien me habló de otra manera de los *rojos* y fue así responsable de mi cambio de pensamiento. Se llamaba Cándido Cimadevilla –ya fallecido– y ya estaba en primero de la especialidad de Filosofía. Era de Oviedo, su familia era republicana y un hermano suyo tuvo que exilarse a Francia nada más estallada la guerra. En las muchas charlas que fraguaron nuestra gran amistad, recapacité, medité y aprehendí para siempre que los “rojos” no eran los asesinos feroces que me habían pintado. Él fue mi primer dialogante de la izquierda y a él debo algo inolvidable puesto que mi nombre familiar Nati o Natiti lo cambió a Natacha. Todavía la gente recordaba la obra de Alejandro Casona -también exilado- **Nuestra Natacha**. Desde entonces, muchos me han preguntado si yo era comunista. Fue Cimadevilla también quien me habló por primera vez de la Institución Libre de Enseñanza y me llevó a la Residencia de Estudiantes (no me acuerdo cómo la llamaban entonces) para ver y palpar el piano de Federico García Lorca. Al ser amiga de Cándido y en el mismo Ateneo, conocí a otros estudiantes que claramente tenían otro pensamiento, distinto al de otros amigos de los que me fui distanciando, o me distanciaron.

Vuelvo a mi infancia.

Debo advertir que los nombres de hechos bélicos, así como los de lugares y personas, los oían mis oídos de niña. Parece mentira cómo una memoria infantil pudo registrar tantas cosas. Me han dicho que era niña observadora y algo avispada, pero sobre todo afirmo que un suceso como una guerra no se olvida. Los niños observábamos las caras de los adultos que nombraban esos nombres sin darnos explicación ninguna, naturalmente. Sin embargo, viví viajes de huida, bombardeos, miedos, refugios, separación forzosa de mis padres, entradas de tropas, desfiles, funerales, procesiones, etc., etc.

El primer nombre político que conocí fue el de Azaña, nombre que puso mi padre a un perro de cartón-piedra que tenía, para mí, cara de *pachón*. Era en 1935 y yo tenía cuatro años, pero como jugaba con el perro y me sentaba sobre él, para mí era un nombre de mi entorno de juegos. Le quería, y cuando ya mayorcita en Madrid hablaban mal de D. Manuel, yo le defendía. Muchos años más tarde cuando se lo contaba a mi amigo Enrique de Rivas Cherif –único sobrino de Azaña– se reía y se emocionaba.

Como es sabido la República se proclama el 14 de abril de 1931 a las 6 de la mañana. No sé por qué pero siempre he recordado esa fecha, seguramente porque nací el 10 de julio y siempre decía que yo era republicana.

El 10 de julio de 1936 cumplí cinco años, y el 16 de ese mes –¿en qué estaría pensando mi familia!– salimos de veraneo para Fuenterrabía en tren; íbamos mi madre, mis dos hermanos más pequeños y mis abuelos paternos. Mi padre se quedó en la casa donde vivíamos en Madrid con la intención de venir más tarde en agosto. Naturalmente, no lo pudo hacer. Debo decir aquí que la casa fue saqueada en el otoño de 1936 y se perdieron para siempre todos los muebles y enseres que había. También fue saqueada la casa de mis abuelos en el Paseo de Rosales y la de mis únicos tíos carnales en la calle de Benito Gutiérrez. Mis abuelos eran monárquicos y mi padre de Renovación Española. Gente burguesa de muy buen pasar y de derechas. A ello contribuía el negocio de mi abuelo, Capas Seseña, proveedor de la Real Casa.

La pérdida de mi perro *Azaña*, de otros juguetes y en general todo lo que había en aquella casa de Ferraz (por cierto, enfrente de la sede actual del PSOE) ha sido uno de los dolores que a mí, y sobre todo a mis padres, dejó la guerra de manera imborrable. Recuerdo, ya adolescente, las charlas de mi madre con amigas o primas echando de menos ropas, libros, muebles, retratos. Todo. Terminada la guerra, vivimos mal en Nicasio Gallego 4 y todos los muebles eran prestados. Fue un cambio total de clase y *la culpa de todo la tenían los rojos*.

Recuerdo bien que en el tren que nos llevaba al norte mis hermanos y yo íbamos dormidos, pero a la altura de Burgos nos detuvimos durante largo tiempo. Me desperté y

vi por la ventanilla pasar muchos soldados preparados para una acción bélica. Observé las caras de preocupación de mi abuelo y mi madre, incluso dijeron algo como “esto no me gusta nada”.

Eran los insurrectos del norte, que bajo el mando de Mola y otros militares generales decidieron unirse a Franco, que estaba a punto de levantarse en armas un día más tarde.

La rebelión del general Franco y sus militares dividió a España en las dos Españas que se venían arrastrando desde dos siglos antes, como magníficamente ha expuesto José Álvarez Junco en su *Mater Dolorosa* (2001), y que en mis primeros años de vida yo oía nombrar como la España *roja* y la España *nacional* o *azul*.

Un nombre que oía, ya en Fuenterrabía, era el de Mola. Era el general jefe del ejército del norte y, como es sabido, quien decretó el estado de guerra en Pamplona el día 18. Mola pensaba en una dictadura republicana que mantendría la separación de la Iglesia y el Estado. Los carlistas, o requetés, tuvieron sus dudas de unirse al bando *nacional*. Esta incertidumbre estaba basada en cómo debía organizarse el nuevo Estado. Fue la Iglesia quien unió las tres fuerzas insurrectas: Comunión Tradicionalista, Renovación Española y Falange Española de las JONS¹.

El triunfo republicano en Madrid fue el más duro golpe para el levantamiento franquista. La capital permaneció leal con sus grandes recursos humanos y económicos, centrados éstos últimos en las reservas de oro del Banco de España. La columna republicana organizada en Madrid logró resistir en Alcalá de Henares y Guadalajara e impidió la llegada de las columnas de Mola.

Las cosas en Euskadi, nombre que naturalmente he aprendido mucho más tarde, ocurrieron de otra manera. En Bilbao no llegó a producirse la insurrección. Según Tuñón de Lara, el general Mola se había adueñado de Pamplona, aunque al guardia civil que permaneció fiel al gobierno republicano lo mataron de un pistoletazo². Mola, con los suyos, fue hacia Burgos, y sin duda esas eran las tropas que vimos pasar en la estación camino de Fuenterrabía aquel 16 de julio.

Una vez en Fuenterrabía, en la casa alquilada parecía todo tranquilo. Bajamos a la playa y unos días más tarde se comunicó por altavoz que estábamos en guerra. Unos días más tarde se oyó otro bando diciendo que “solo los niños y las niñeras podían salir a la calle”. Para mí y mi hermano Gonzalo era muy divertido ver a los adultos detrás de las ventanas y de los miradores mientras nosotros campábamos a nuestras anchas por la calle. Un día a mi niñera Rosita le habló muy amablemente uno de los que en mi casa llamaban *rojos*, pero a mi no me casaban la amabilidad de tal hombre con nosotros y las

¹ Antony Beevor, *La Guerra Civil Española*, Barcelona, 2005, pag. 142.

² TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX (1914-1939)*, Librería Española, Paris, 1973 pp. 431-32.

terribles acciones que comentaban mis abuelos y mi madre. Guardo ese recuerdo como el primer síntoma de que no eran tan malos como se decía.

A mí me gustaba que pudiéramos salir a la calle solos. Al volver a la casa, el nerviosismo de mi madre y abuelos iba en aumento, tratando de escuchar la radio y haciendo comentarios entre ellos y prohibiendo a mi niñera que hablara con milicianos.

A partir de aquel verano del 36 aprendí nombres con distinto significado al que yo conocía, tales como *frente, nuestras tropas, hospital de sangre, cárcel, rojos, caídos, sitio, caída, voluntario, etc., etc.*

La frontera francesa por Irún se cerró casi desde el primer día de la guerra. El empuje desde Navarra hizo fácil la caída en manos nacionales franquistas tanto de la villa fronteriza de Irún el 5 de septiembre, como al día siguiente la de Fuenterrabía. San Sebastián cayó el 13 de septiembre. La defensa de Irún la realizaron obreros sin instrucción militar y con pocas armas combatieron valientemente contra ataques frontales realizados con armas modernas. La CNT contribuyó decisivamente a la derrota pasajera de la rebelión franquista en la provincia de Guipúzcoa, junto a los menos entusiastas peneuvistas, algunos voluntarios comunistas franceses y parte del clero vasco, que desde Burgos –capital de los franquistas- su arzobispo llamaba “escoria del clero vendidos a los rojos”³. El coronel Beorlegui, del ejército de Mola, ayudado por el tercio de requetés de Montejurra, entró con sus tropas en Fuenterrabía el 6 de septiembre. Sus fuerzas eran inferiores numéricamente, pero disponían de la artillería que Mola había conseguido: tanques ligeros alemanes y los Junker 52. Durante una semana en el sur de Irún los milicianos de la CNT combatieron con coraje feroz en el fuerte de San Marcial, y cuando se acabaron las municiones lanzaban piedras contra los requetés.

Recuerdo perfectamente la entrada de los requetés por el ataque de nervios que padeció mi abuela agarrándose a un reclinatorio mientras oía las campanas y daba gritos de que el asedio, o “nuestro asedio” había terminado.

Sin embargo, recuerdo mejor una mañana de septiembre, antes de la caída de Fuenterrabía, cuando vi desde el mirador de la casa la salida de los ciudadanos vascos en condiciones terribles: llevando en carros y burros los colchones, los cacharros, etc., para intentar pasar a Francia ya que la marea estaba muy baja. No olvidaré jamás los niños que iban con sus padres y abuelos.

A las pocas familias veraneantes que estábamos en Fuenterrabía, ya que era imposible volver a Madrid, nos llevaron a refugiarnos al noviciado de las monjas de Saint-Maur, es decir, las Damas Negras. Casualmente fueron las monjas a cuyo colegio situado

³ BEEVOR, Op. Cit. p. 330

en la calle Eduardo Dato de Madrid, y ya terminada la guerra, yo asistí durante diez años e hice mi bachillerato.

En el noviciado de Fuenterrabía era muy entretenido vivir y ver cómo dormíamos los refugiados, todos vestidos, en uno de los grandes dormitorios de las monjas y novicias. A mi abuelo Santos le hicieron ponerse una bata blanca como si fuera un médico, lo mismo que al doctor Ramón Yagüe, que en este caso no era disfraz, y al pintor Augusto Comas. Allí permanecemos poco tiempo y a veces deambulábamos mi hermano y yo por el convento. El 3 de septiembre de 1936, ya anochecido, llegamos a una estancia alta desde donde vimos las llamas y la humareda terribles de Irún. Nos dio mucho miedo oír los gritos del pintor Comas que pintaba el incendio a la luz de una vela y que se asustó grandemente con nuestra llegada, por si se lo decíamos a las monjas.

En el *Diario Vasco* del 2 de septiembre de 2006 un artículo de José Ramón Vega rememora lo que yo veía desde la ventana del noviciado. Él era de Irún, tenía 13 años y vivió cómo los iruneses iniciaron la huida a Francia al incendiarse la ciudad calle por calle y casa por casa. El incendio duró varios días, y Vega recuerda cómo se refugió su familia en unos gallineros de la calle Escuelas, y la angustia vivida por toda su familia. José Ramón Vega concluye “si estás a unos días de cumplir los 13 años has empezado a vislumbrar horizontes nuevos y facetas distintas de la vida y te ves imbuido en un conflicto del que no tienes ni idea del por qué y de lo que va a suceder, el impacto emocional queda grabado en la memoria con una nitidez que el paso del tiempo no ha conseguido borrar”.

Según Beevor, Irún había sido incendiado por los milicianos de la CNT como último terrible recurso.

De los dos años que mi familia veraneó en Fuenterrabía, tengo hermosos recuerdos; del primer año, 1935, cuando a mi hermano y a mí nos vistieron de cantinera y chistu para celebrar la famosa fiesta del Alarde. Y naturalmente recuerdo cómo mi infancia, hasta ese momento totalmente feliz, quedó truncada. Además, no volví a ver el mar hasta los veinte años.

A veces me pregunto si la agorafobia (miedo a salir al exterior) que se ha manifestado en plena madurez de mi vida, tiene su raíz en el pánico sufrido tanto en Fuenterrabía como más tarde en Calatayud.

No recuerdo cómo después de la entrada de requetés y del incendio de Irún quedó mi familia, solo sé, y recuerdo vivamente, que al no poder volver a Madrid nos vino a buscar en un taxi mi abuelo materno Gregorio Díez Lasala, que vivía en Calatayud, donde no había estallado ninguna acción bélica. Allí llegamos y allí estuvimos hasta septiembre de 1939. De aquel viaje que no terminaba nunca, recuerdo muy bien las paradas por los mareos de los tres hermanos y sobre todo empecé a darme cuenta de que ir a Calatayud

no era volver a Madrid y empecé a pensar mucho en mi padre y lo que le habría sucedido. Incluso pensé que había muerto. Más abajo trataré de él.

La vida en Calatayud era soliviantada por los bombardeos y nos teníamos que ir corriendo a los refugios, dónde entre los rezos y lloros de los adultos los niños mirábamos y jugábamos. En Calatayud los bombardeos eran anunciados con una sirena y a continuación se oía: “Calma y serenidad, la alarma es por aviación”.

Mis hermanos y yo, con otros niños, jugábamos a los refugios, es decir, que muy quietos imitábamos las sirenas y nos metíamos debajo de las faldas de una mesa camilla. Mi hermano Gonzalo y yo, con otros amiguitos, simplemente decíamos: ES LA GUERRA, intuyendo el MÁS MADERA de los hermanos Marx. En la misma Plaza del Fuerte veíamos llegar heridos y maltrechos al hospital de sangre en un convento de la misma plaza. Algunos de los niños que iban a la plaza recuerdo, y hasta tengo una fotografía, iban vestidos de falangistas.

Calatayud era un centro comercial de importancia; recuerdo que muchos autobuses, bastante destartados, descargaban a muchos compradores que iban a proveerse en las tiendas de Calatayud, haciendo ricos a muchos de sus dueños (como a nuestra familia de la rama Lafuente), que fueron comprando las propiedades de los nobles que se habían ausentado y las procedentes de la desamortización, como la torre Capuchinos, adónde íbamos de vez en cuando.

Del entorno familiar paterno madrileño de derechas, pasé a un entorno republicano que encabezaba mi abuelo materno, nacido en 1876. Era aragonés, hijo de Joaquín Díez Gimeno y Benita Lasala Monserrate. Ambas familias poseían prósperos comercios textiles. Traían algunos tejidos de Francia, medio de contrabando para no pagar los altos aranceles.

Sin embargo, nuestro abuelo se hizo confitero de alta calidad y se estableció en una pastelería grande llamada **La Suiza**, con gran reputación en toda la comarca bilbilitana. Hasta años después de su muerte y cuando ya vivía en Madrid con nosotros, en Calatayud se le seguía alabando como al mejor.

Tanto nuestro tatarabuelo como bisabuelo y abuelo, todos de la rama materna, encajan perfectamente en el tipo de revolucionario romántico o agitador social de Café, Casino o Ateneo que describen Jover y *Clarín*. Individuos salidos de la clase media, violentamente partidarios de una revolución liberal, nunca definida pero sí distinta de la que preconizaban los anarquistas o los socialistas. En situaciones extremas como una guerra civil se volvían partidarios de la “ley y el orden”.

Una anécdota chistosa es que nuestro tatarabuelo, Gregorio Díez Gimeno –yo creo que para disimular o presumir de hombre rico– hizo a sus expensas todos los trajes de la historiada procesión del Jueves Santo de Calatayud. Es una procesión que yo no he podido

olvidar porque los personajes bíblicos no solo salen en los *pasos* sino que personas de carne y hueso se visten como personajes y episodios del Antiguo y Nuevo Testamento: Moisés, la Huida a Egipto, Poncio Pilatos y su cohorte de soldados romanos, Anás y Caifás... Recuerdo perfectamente la figura de Abraham con el hacha en ristre "matando" a su hijo Isaac. Todos esos figurantes, más de cien, fueron apropiadamente vestidos por nuestro tatarabuelo⁴.

Mi abuelo Goyo era del Partido Radical por confesión propia. Tenía una gran admiración por el Alejandro Lerroux de los primeros tiempos, no así por el que llegó a presidente del gobierno en 1933. Mi hermano recuerda cómo un día el abuelo, con aire nostálgico señalando un mirador de la muralla mora que rodea el castillo le dijo "ahí escribí yo un día *Viva Lerroux*".

Durante la guerra se acentuó la religiosidad, y el hecho de ir a misa los domingos era más obligatorio que nunca. Quien no asistía a misa corría el riesgo de aparecer como un "rojo". Igualmente se acentuó la piedad "casera". Los niños veíamos cómo unas capillitas con santos dentro se transportaban de casa en casa para disipar temores. Un verdadero trasiego de sacristanas. Mi abuela paterna siempre tuvo esa costumbre, pero con la edad se quedaba dormida.

Beevor relaciona este culto casero con el temor de los españoles medievales a ser juzgados por la Inquisición por judaizantes⁵.

La Marcha Real era lo que yo oía, la gente se ponía de pie, levantaba el brazo, pero debo decir que nunca con la rectitud que lo hacían los nazis. Aquí los españoles la mano la tenían en alto sin ninguna marcialidad. Recuerdo la publicidad y los himnos como el de los Legionarios que afirmaba ser "novio de la muerte..." o el de los requetés "Por Dios por la patria y el Rey..." y el falangista que como himno pervivió mucho tiempo: "Cara al sol". El saludo entre los transeúntes era levantar la mano y gritar "Arriba España", pero había muchos que sólo decían "Viva España".

Mi hermano Santos, que por la guerra estuvo más tiempo en Calatayud, recuerda haber visto más de una vez al abuelo Goyo secarse las lágrimas escuchando *La Marsellesa* en el programa español de una radio francesa.

Desde luego no parece que tuviera instrucción religiosa alguna, no iba nunca a la iglesia salvo en los funerales de la familia y amigos. Conocía bien y respetaba las festividades de la Iglesia católica –no olvidemos que somos antropológicamente cristianos–. Por ejemplo, nos contaba que en su casa –la suya y la de su padre– se respetaba el ayuno y abstinencia de los viernes de cuaresma y Semana Santa pero de una

⁴ Esta anécdota la ha escrito mi hermano Santos Seseña Diez (1937) en un relato estupendo que nos ha mandado solamente a los seis hermanos.

⁵ Beevor: Op. cit. pag 144

forma peculiar: hasta las doce de la noche se comía poco y con abstinencia de carne, pero en la tarde del día de ayuno los trabajadores de la confitería preparaban en el obrador un banquete con toda clase de carnes y fiambres, y al dar las doce se sentaban todos a la mesa y se ponían "a orza" de comer y beber, convirtiendo así un día de penitencia en una madrugada de jolgorio. Curiosamente, como los musulmanes hacen durante el Ramadán.

El abuelo era un gran lector, y estoy segura que uno de los libros que leería de corrido fue La regenta de Leopoldo Alas Clarín, y se identificaría con el feroz anticlericalismo que describió de manera inolvidable Leopoldo Alas. Seguramente se identificaría con los personajes más críticos hacia la Iglesia como Santos Barinaga. Muy probablemente cuando yo entré en la universidad me lo recomendaría leer. Como todos sabemos, el libro estuvo prohibido por la Iglesia y el régimen franquista y no se publicó hasta 1966, creo que fue el primer libro publicado por Alianza Editorial en edición de bolsillo, con prólogo de Ricardo Gullón y que guardo como oro en paño. La impresión y el deleite que me causó su lectura fueron enormes, entre otras cosas porque me identifiqué con Ana Ozores, ya que yo también me había "enamorado" de mi confesor en mis años colegiales.

Esa naciente burguesía, como no podía ser menos y había ocurrido en toda Europa occidental, se enfrentó a la aristocracia, a sus privilegios, y sobre todo, al clero que la daba su total apoyo. En conversaciones con mi hermano Santos siempre hemos pensado que la etiqueta que une a todos los movimientos no conservadores de este país, de los liberales a los anarquistas, es el anticlericalismo. El anticlericalismo es, por encima de cualquier otra, la ideología popular más extendida en España desde la primera República de 1873 hasta 1936.

De estos individuos se nutre la masonería y los diferentes partidos radicales del siglo XIX y principios del XX, como el de Lerroux, furibundo anticlerical en su juventud barcelonesa. Mi abuelo, Gregorio Diez, nunca fue masón porque le faltaban estudios superiores. Pero eso le salvó la vida, porque muchos de los fusilados en 1936 eran amigos suyos. Eran masones de una lista que los militares rebeldes encontraron en la logia de Zaragoza. Así fueron fusilados Manolico Carlés, ingeniero agrónomo, López Táppero, tío de nuestros amigos Sánchez, y Zorraquino, dueño del Hotel Fornos, y el cura Santa Cruz. Los llevaron con otros al barranco de La Bartolina y allí los mataron y dejaron. Durante años era palpable el miedo de sus hijos, hermanos y amigos. Recuerdo el silencio sepulcral, el no salir de casa, el disimulo constante y el cambiar de tema al intentar hablar de la guerra y de la posguerra. Servidora ha vivido todo eso en la mayor perplejidad e ignorancia. Nadie hablaba de la guerra. ¡Duró tanto tiempo!

Recuerdo bien el fusilamiento de Juan Bueno "el estirao" porque revistió caracteres espeluznantes. He podido hablar con su hija Lola y me ha ratificado mi recuerdo. A

diferencia de los muchos fusilados en el barranco de la Bartolina, a Juan Bueno lo mataron en la Plaza del Fuerte, donde jugábamos los niños cuando no había bombardeos, pero lo estremecedor fue que el tiro de gracia en la sien se lo dio una señora de la “buena sociedad bilbilitana” después de la salida de misa de doce en la iglesia de San Juan. Lola todavía tiene miedo porque la tal individuo es la madre de una alta autoridad en Calatayud. Sin comentarios.

La única hija de mis abuelos Gregorio y Carmen Lafuente Zavalo, Conchita, es decir mi madre, fue enviada a Madrid en 1926, interna al colegio de las Ursulinas, en total contradicción con lo que pensaba mi abuelo. No tuvieron más hijos porque en las familias burguesas de la época parece ser que era de buen tono tener sólo un retoño o a lo sumo dos y recurrir para los placeres de la carne al amor mercenario, bien en las numerosas casas de lenocinio del mismo Calatayud bien en las de Zaragoza. De niña, cuando pasábamos cerca del barrio donde vivían las prostitutas mi madre, sin más explicaciones decía que no mirara, prohibición que dado mi temprano carácter rebelde me llevó a mirar más; solo una vez vi a una mujer pobremente vestida, pero con una vestimenta de colores chillones que me llamó la atención por el contraste con las ropas que vestían las “señoras bien”.

Debo hacer ahora una reseña de mi padre, Tomas Seseña Palacios, que falleció en 1957. Nacido en 1902, tenía en 1936 treinta y cuatro años. Había estudiado Derecho y trabajado en el bufete de Díaz Sama. A mi padre lo que le gustaba era escribir y lo que más le interesó en su vida fue el teatro. En otro lugar he escrito sobre ese aspecto⁶. Trabajaba en la sastrería en otro establecimiento que mi abuelo Santos abrió para él en la misma calle de la Cruz. Esto le permitió tener tiempo para tener amistades con intelectuales y escritores. También dirigió una revista llamada **Ars Sartoria**, donde colaboraron Jacinto Benavente, José López Rubio, Antonio Velasco Zazo. Era un hombre menudo, atractivo y sumamente simpático a quien yo de niña quería mucho.

Mi padre, durante la República, era de Renovación Española, que presidía José Calvo Sotelo. Fue acusado de “señorito” por uno de los dependientes y en el verano del 36 fueron a buscarle para “darle el paseo”. Casualmente estaba en casa de unos vecinos y el portero le avisó. Rápidamente se refugió en casa del doctor González Serra, casado con una prima hermana de mi madre y afín a la República. González Serra le ayudó a salir por la embajada de Polonia. Estuvo en la embajada y salió en barco hasta Hamburgo y luego a Polonia. Los varios refugiados fueron alojados en la casa de una aristócrata polaca muy rica en medio de una gran extensión de terreno. Por cierto, luego mi padre nos contaba cómo los servidores estaban a uno y otro lado del camino desde la entrada hasta

⁶ Natacha Seseña, “Luisa Miller: Amores filiales”, en **Intermezzo temporada real 2005-2006**, Amigos de la Opera, Madrid.

la mansión puestos de rodillas y con los brazos en el suelo como pleitesía a los “invitados” de la duquesa.

No he olvidado y he guardado siempre las dos muñecas que me trajo mi padre: una, preciosa articulada de fabricación alemana vestida, de Shirley Temple. Otra más modesta, de trapo, vestida de polaca.

Recuerdo bien cómo mi padre y mi abuelo materno Goyo discutían de política, aunque ambos odiaban a los papas Pío XI y Pío XII, pero evidentemente sus ideas políticas fueron siempre contrarias.

A principios de 1937 llegó mi padre a Calatayud, aunque estuvo poco tiempo pues decidió que mi madre y mis tres hermanos nos fuéramos con él a Salamanca para ponerse al servicio de la causa franquista. De nuestra estancia en la bellísima ciudad recuerdo el frío, la estrechez y casi pobreza de la pensión donde volvimos a reunirnos toda la familia paterna. Nuestra madre contaba que del frío que hacía los orines de los orinales se helaba en las habitaciones. Me acuerdo también que me gustaba mucho jugar balanceándome en las grandes cadenas delante de la catedral nueva en la plaza de Anaya. Creo que la primera vez que fui a una iglesia fue a la catedral vieja de Salamanca, que me entusiasmó en mis años de universidad pero que me asustó mucho en aquella primera visita infantil.

En julio de 1937, Antonio Tovar y Dionisio Ridruejo fundaron la Radiodifusión Nacional de España, donde trabajó mi padre en diversos cargos. Terminada la guerra, ya en Madrid en febrero de 1941 se le nombró, transitoriamente, Jefe de la Sección de Radiodifusión, dependiente de la Dirección General de Propaganda. El 7 de diciembre es nombrado también Director de Radio Nacional.

En diciembre de 1941 Franco nombra a Gabriel Arias Salgado jefe de todo el embolado propagandístico. En 1942 a mi padre lo cesan de la Radio y lo envían a “Ceremonial y Plástica” como Jefe de Exposiciones. Mi padre estimó que no se le debía remunerar si no se le daba labor alguna y solicitó la excedencia indefinida sin retribución, que al final, en septiembre de 1942, por petición propia, se le concedió como voluntaria sin sueldo.

Me acuerdo que por la intervención alemana en las emisoras de radio de Arganda, mis padres fueron invitados a fiestas de los alemanes que vivían por la Cuesta de las Perdices. Las borracheras de aquellos nazis eran tan impresionantes que para traer a mis padres a casa –mis padres nunca tuvieron coche- se tiraban desnudos a la piscina, cosa que a mi madre, como católica practicante, nunca le gustó ni un pelo y que condenaba abiertamente. A veces me pregunto si el alcoholismo de mi padre se fraguó en esas noches.

Cuando una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, la embajada británica mandaba folletos a nuestra casa informando de las atrocidades de los nazis contra los

judíos, gitanos y resistentes, yo los leí y vi fotos que me espeluznaron para siempre. Otro recuerdo para mi cambio de “ideología”.

Después de Salamanca y Burgos volvimos a Calatayud debido a que mi madre tenía que dar a luz a su cuarto hijo -que fue una niña- en septiembre de 1938. Tengo recuerdos más precisos, que fueron aumentando durante mi adolescencia porque después de la guerra mi familia, debido al bache económico no volvió a Fuenterrabía y nos mandaban a Calatayud en verano con los abuelos maternos. Como he dicho más arriba, la situación económica de mis padres cambió radicalmente y vivíamos con estrechez y sin ningún lujo. Sin embargo mi madre consiguió que nos mandaran a buenos colegios, mis hermanos al Colegio del Pilar y *el* nosotras al Colegio *Dames de Saint Maur* o del Niño Jesús, conocidas en Madrid como *Damas Negras*; era un colegio fundado a fines del XVII y que se extendió en el XVIII. A Madrid llegaron en el 1907 y ahí siguen⁷. Debo decir que a aquellas monjas, algunas francesas, las llamaban *negras* por su hábito que en realidad era un traje de corte del siglo XIX con toca de raso y polisón en la falda. Nos hablaban en francés y nosotras las llamábamos *madame*. Cuando llegaba la *Mère supérieure* de Francia teníamos que hacer una reverencia de corte. No eran nada exageradas en la instrucción religiosa, como lo prueba que en plena posguerra las alumnas no estábamos obligadas a ir a misa diariamente. Asimismo tenían entre el profesorado a bastantes seculares, hombres y mujeres, algunos de los cuales más tarde he colegido que s habían sido republicanos. En aquellos años (1940-1948) solo trece alumnas hicimos el bachillerato, ya que muchas más hacían *Cultura general*. Mis compañeras eran todas de derechas, y por tanto era difícil encontrar con quién ir al cine, porque además de la censura las películas más interesantes eran solo “para mayores”.

La situación cambió cuando en cuarto de bachillerato llegaron al colegio las hermanas Galán, que venían de Argentina, aunque eran españolas, hijas de un diplomático medio republicano. Eran chicas modernas con una libertad en el lenguaje y en los gestos que a mí me fascinó; incluso durante meses no llevaron el uniforme reglamentario. La clase se dividió en “galanistas” –éramos tres– y “anti-galanistas”. Por fin encontré con quién ir al cine, leer alguna novela, e intercambiar ideas sobre lo que era haber pasado, o no, la guerra en España.

Mucho más tarde, cuando fui becaria en EEUU, supe y me quitó el sueño el comenzar a saber lo que había sido el exilio.

* * * * *

⁷ Siguen en Eduardo Dato no. 2, pero han cambiado el nombre, ahora el colegio se llama Blanca de Castilla.

Para final de esta comunicación quiero afirmar, como escribe mi coetánea Josefina Aldecoa “la historia nos condiciona”. Y los españoles de nuestra generación vivimos aquel episodio en circunstancias distintas “pero todos tenemos en común algunas cosas. Quizá la más importante, haber vivido una infancia en plena guerra civil”⁸.

Como todo se cuece en la infancia, al escribir este texto me he reconocido como niña que vivió uno de los episodios más duros y terribles del siglo XX, y que el miedo provenía de los adultos.

⁸ JOSEFINA ALDECOA, *En la distancia*, Madrid, 2004, p. 30